

# Comunicación e información: la refundación de la tecnología, las ciencias naturales y las ciencias sociales en Gilbert Simondon

*Pablo Esteban Rodríguez<sup>1</sup>*

## Presentación

En primer lugar quiero agradecer a los organizadores de este encuentro, y también a Cecilia Díaz-Isenrath, una de las expositoras, por invitarme a participar de él. Es un agradecimiento sincero, mucho más que el meramente formal, por varias razones. Ante todo, porque expresa la voluntad de reivindicar el pensamiento de Gilbert Simondon a partir de reunir a los muchos que lo estamos leyendo en todo el mundo, pero en particular en Francia, Brasil y Argentina. Luego, porque podemos compartir este espacio con autores como Peter Pal Pelbart o Eduardo Viveiros de Castro, que de hecho estamos leyendo en nuestro país, con Muriel Combes, autora de un libro fundamental sobre Simondon, y con otras figuras que nos parecen importantes, como la de Laymert Garcia dos Santos. Quienes llevamos menos tiempo en el mundo intelectual y académico no podemos menos que celebrar esta

---

<sup>1</sup> Pablo “Manolo” Rodríguez é Doutor em Ciências Sociais, Professor da Facultad de Ciencias Sociales da Universidad de Buenos Aires e Investigador Independiente do Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). É articulador da Rede Latinoamericana de Estudos Simondonianos (RELES) e autor de *Historia de la información* (2012) e *Las palabras en las cosas: Saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas* (2019). Coeditor de *Amar a las máquinas: Cultura y técnica en Gilbert Simondon* (2015) e *La salud inalcanzable: Biopolítica molecular y medicalización de la vida cotidiana* (2017).

posibilidad de intercambios. En lo que respecta a Argentina, yo he sido traductor y prologuista de las obras de Simondon cuando su nombre era desconocido, y ahora puedo comprobar que ya no lo es, y que de hecho Simondon está en la base de una gran experimentación teórica, filosófica y científica en muchos ámbitos. Por lo tanto, este encuentro no podía ser más oportuno.

Dando por sentado que todos aquí conocemos la obra de Simondon, quisiera no extenderme en sus definiciones más básicas, a pesar de que en no pocas ocasiones me siguen sorprendiendo y, por qué no, continúan siendo relativamente enigmáticas. En este caso quisiera retomar con algún detalle la conferencia que Simondon ofreció en el famoso Coloquio de Royaumont de 1962 consagrado al “concepto de información en la ciencia contemporánea”. En el libro que se publicó con este nombre, tanto en francés como en español, hay un muy pequeño texto resumido de la intervención de Simondon. En el volumen llamado *Communication et information*, publicado en 2010 por Éditions de la Transparence, en Paris, se halla el texto completo de esa intervención.

Aquel coloquio, del que nos separa ya medio siglo, quizás sea, aún hoy, una discusión insuperada sobre el problema de la información. Se dieron cita filósofos como Jean Hyppolite, Martial Guérault y Ferdinand Alquié, maestros de Foucault y de Deleuze, entre muchos otros, con matemáticos como Benoît Mandelbrot, autor de la teoría de los fractales, biólogos de la talla de André Lwoff, que dos años más tarde obtendría el Premio Nobel de Medicina junto a Francois Jacob y Jacques Monod, figuras centrales de la cibernética como Louis Couffignal y Norbert Wiener, otras del estructuralismo como Lucien Goldmann y Abraham Moles, y hasta científicos del entonces bloque soviético. La diversidad de los presentes aseguró la profundidad de las discusiones, muchas de las cuales retornan en la actualidad bajo formas inesperadas.

Simondon comienza diciendo que “la información no es una cosa, sino la operación de una cosa que llega a un sistema y produce allí una transformación”. La información es el nombre de un proceso, lo que filosóficamente se deja escuchar en la acción de in-formar, dar forma a algo, aunque no en el sentido estricto

aristotélico, pues sabemos que Simondon puso en jaque al tradicional modelo hilemórfico. Como es un proceso, la información no está en posesión de quien la emite, en un modelo hipotético de comunicación, sino que ocurre en el receptor, siempre y cuando se entienda que el receptor no es simplemente alguien “que recibe”, sino “toda realidad que no posee enteramente en ella misma la determinación del curso de su devenir”. Es preciso que haya en el receptor una metaestabilidad inicial y al mismo tiempo que tenga “un nivel de organización elevado”, que le permita disponer de una energía potencial (SIMONDON, 2010, p.159-160).

Vemos así una apropiación muy particular del modelo de la comunicación que por entonces la cibernética había logrado extender a una gran cantidad de dominios. De hecho, en la actualidad existen muchas ciencias, muy en particular las biológicas, que descansan en modelos comunicativos, tanto a nivel explicativo como metafórico. Pensemos en la biología molecular, en la inmunología, en las ciencias cognitivas, pero también en la teoría sociológica de los sistemas, fundamentalmente en Niklas Luhmann, o en la psicología sistémica de Gregory Bateson y Paul Watzlawick. Es sabido que la relación entre teoría de los sistemas, teorías de la complejidad y de la autoorganización puso en jaque aquel modelo lineal de la comunicación: emisor, mensaje, receptor, código, retroalimentación. Pero he aquí que Simondon, al postular su particular idea de información, desactiva de antemano el recorrido que estas y otras ciencias tardarán décadas en realizar. La información no depende del emisor, sino del estado del receptor.

### **Las tres ampliaciones**

Las operaciones de información son equiparables a procesos de ampliación. Simondon distingue tres tipos de ampliación: la transducción, la modulación y la organización. La ampliación transductiva supone una incidencia de información que provoca en la estructura receptora el paso de un estado metaestable a un estado estable. A diferencia de la transmisión, en la transducción es necesario que el campo receptor se transforme en su totalidad

para que se produzca el paso de la actividad informadora. En este sentido, se puede ver una relación directa con aquello que, en el final de su vida, Michel Foucault identificaba como la búsqueda ética relacionada con la educación en la Antigüedad grecorromana. Decía Foucault en su curso *La hermenéutica del sujeto* que entre el tiempo de los estoicos y el de la educación moderna, basada en el paradigma cartesiano de conocimiento, se produce una distinción entre la pedagogía y la psicagogía. La pedagogía consiste en mantener al alumno o discípulo en una situación de infancia relativa y al maestro en una situación de transmisión de conocimiento que no implica ningún compromiso espiritual. La psicagogía, en cambio, expresa la necesidad de que ambos, maestro y discípulo, deban transformarse espiritualmente en el proceso de enseñanza y aprendizaje para acceder a la verdad de lo comunicado.

En términos físicos, la amplificación transductiva tiene un carácter cuántico, pues tiene un umbral de activación a partir del cual la transducción ocurre o no. Simondon llama a la transducción “un impulso instantáneo hacia el futuro” (SIMONDON, 2010, p.174). El tipo de transferencia que se da en este caso es el de una microestructura que funciona como germen y el de una energía de estado macrofísico que se propaga a través de una multitud de elementos, generando el cambio de magnitud desde lo elemental a lo colectivo (SIMONDON, 2010, p.171). Simondon brinda varios ejemplos de la amplificación transductiva escandidos en los niveles de individuación física, viviente y psíquico-colectiva. En lo físico, la cristalización, como en su libro *La individuación* (SIMONDON 2009), pero también el incendio de un bosque, son ejemplos de amplificación transductiva en lo que tiene que ver con el compromiso de toda la estructura receptora de información para realizar la propagación. En lo viviente, el influjo nervioso es un ejemplo del carácter cuántico, todo o nada, de la transducción. En el nivel psíquico, la actividad instintiva es un ejemplo de transducción. Por último, en el nivel psico-social, el rumor es un caso de transducción en la medida en que necesita de la metaestabilidad de los receptores, esto es, su inquietud, y en la

medida en que se propaga en una multitud de seres. Lo mismo ocurre, para Simondon, con el sentimiento de alienación.

Pasemos ahora al segundo proceso de amplificación: la amplificación moduladora. Se obtiene, según Simondon, “domesticando la propagación transductiva, es decir, controlándola y alimentándola desde un puesto fijo para hacerla producir y trabajar en condiciones regulares” (Simondon, 2010, p.165). La incidencia de información, esto es, el paso del estado metaestable a estable se produce en un punto fijo, por lo que no hay cambio de estado de toda la estructura que sufre dicha incidencia, como en el caso de la amplificación transductiva. En lugar de umbrales cuánticos, aquí hay polarizaciones de posiciones de entrada y salida, siendo estas polarizaciones el producto de una intervención desde fuera de la realidad a transformar, o sea, no es la realidad la que se transforma por efecto de su metaestabilidad, sino que está forzada a hacerlo por una fuente exterior de energía. De allí que no se necesite la estructura completa de lo que se transforma para transferir información.

Desde el punto de vista físico, la polarización inhibe la utilización de la energía potencial en una situación dada y crea las condiciones para que lo pasado incida sobre lo presente. En lugar de estar impulsada hacia el futuro, como la transducción, en la modulación hay “iteración fija del pasado bajo la forma de la conservación” (SIMONDON, 2010, p.174). En esta orientación hacia el pasado, el tipo de transformación moduladora puede ser caracterizada como la acción de “estructuras microfísicas con una energía débil [que] gobiernan el devenir de una población perpetuamente nueva de elementos microfísicos” (SIMONDON, 2010, p.171).

Simondon ofrece un ejemplo simple: el de una carrera de postas. En ella, el primer participante debe hacer todo su recorrido y agotar su energía para que un segundo participante inicie el suyo. De lo que haga el primero depende lo que pueda hacer el segundo. En términos tecnológicos, el transistor es un dispositivo de modulación. En la individuación viviente, el caso ejemplar es el de los procesos de autorregulación. Y en términos psico-sociales, si la

actividad instintiva era esencialmente transductiva, las actividades de abstracción y generalización controladas por el razonamiento formal son moduladoras pues intentan integrar una multitud de elementos nuevos en estructuras más antiguas.

Sin embargo, el ejemplo más complejo y más pleno de consecuencias filosóficas es el del nivel que podríamos llamar "social". Aquí Simondon retoma su riquísima reflexión acerca de la ética aplicada a la distinción entre normas y valores que está presente en el libro *La individuación*. Simondon identifica en las religiones y en las morales un proyecto de operar "una limitación de la actividad en régimen permanente" (SIMONDON, 2010, p.170). Los valores religiosos suponen un código rígido y un programa de acción ritualizado, por el cual la actividad social sólo tiene por objeto adherir y reproducir dichos códigos, asegurando lo que anteriormente hemos denominado la transmisión, oponiéndose a la transducción. En cambio, las normas morales:

son una escala de valores que constituye una polarización previa de cada miembro del grupo y lo hace capaz de apreciar una información determinada, un esquema de conducta, como una magnitud positiva o negativa en relación con esa polarización inicial (SIMONDON, 2010, p.169).

Las normas morales son un ejemplo de modulación. Modular no es dar una orden, ni imponer un código, sino establecer rangos de acción posibles.

Una vez más, es imposible no referirse a la búsqueda que Foucault hará años más tarde. Primero, porque a esta altura queda claro que la tensión entre pedagogía y psicagogía es similar a la tensión entre modulación y transducción o, si se quiere, entre lo que Foucault distinguía como moral cristiana frente a ética pagana. Segundo, se presenta con toda claridad el problema de la norma y de los mecanismos de normalización, que desde ya Simondon tiene presente pues uno de sus padrinos teóricos es, justamente, Georges Canguilhem, célebre autor de *Lo normal y lo patológico* y a su vez padrino teórico de Foucault.

La última de las ampliaciones, la organizadora, es la síntesis real de los procesos de amplificación transductiva y moduladora (SIMONDON, 2010, p.171). En la organización también hay autorregulación, pero a diferencia de la modulación, aquí está orientada por un fin, de manera tal que “cada decisión sucesiva tiene en cuenta el efecto de las decisiones precedentes” (SIMONDON, 2010, p.170). En lo que tiene que ver con el tiempo, si la transducción es un impulso hacia el futuro y la modulación una repetición del pasado, la organización es la “estabilidad del presente completo, el espesor de tiempo presente” (SIMONDON, 2010, p.174), en el conviven pasado y futuro.

El ejemplo que da Simondon es el de la integración de la información visual en la percepción binocular, ya citado en su libro *La individuación*. Las imágenes de cada ojo están en relación de disparidad [*disparation*], pero esa disparidad es la condición necesaria para que aparezcan planos sucesivos, sin que ello signifique que los elementos dispares se fundan. De este modo, relacionándolo con lo que acabamos de ver, en la organización el presente no alcanza a fundir pasado y futuro, sino que mantiene a ambos en su propia condición. Es la distancia entre ellos, orientada a una actividad de integración, lo que conserva la organización, y al hacerlo recrea sin cesar el pasado y también el futuro. Si se nos permite la analogía, figura tan querida por Simondon, es en el plano de la amplificación organizadora donde surge la tensión entre lo preindividual y lo transindividual en el proceso de individuación.

En la individuación viviente, Simondon ve la amplificación organizadora en la relación entre los seres vivos y su medio, pues incorporan al organismo bajo la forma de nuevas funciones a los acontecimientos que estaban bajo la dependencia del medio, lo que en los hechos es una reivindicación de Jean-Baptiste Lamarck, pues implica aceptar que los individuos de una especie adquieren caracteres especiales gracias a la relación con el medio. Y esta reivindicación Simondon la realiza a principios de los '60, cuando la biología molecular impulsaba el dominio de la genética y en ella terminaba de confirmarse algunas hipótesis de Charles Darwin, o sea el camino supuestamente inverso del de Lamarck. Al mismo

tiempo, también realiza esta reivindicación en un coloquio sobre información, que para entonces ya es sinónimo de vida en una nueva versión de la vieja teoría de la preformación: hoy todo está contenido en un programa. Frente a la preformación de la información, si se nos permite el juego de palabras, Simondon postula la epigénesis de la información en tanto que proceso y no cosa.

Pero Simondon da otro ejemplo igual de sorprendente que el anterior. Sostiene que la actividad de la conciencia se asemeja a la de la vida en el sentido de que “hace compatible en un sistema dimensional más vasto los elementos antiguos de interioridad y exterioridad” (SIMONDON, 2010, p.172). Y enseguida arriesga que la conciencia sería, en ciertos niveles de integración, la fuente de una amplificación organizadora respecto de la vida misma. Y en sentido inverso, se podría decir que algunos aspectos elementales de la vida están dotados de conciencia. Cuando en la actualidad se dice que los genes se expresan o son silenciados, o que las proteínas “se frustran”, en una imagen sin dudas menos divulgada que la de los genes; cuando se dice que los linfocitos “reconocen” o desconocen agentes externos al cuerpo, o que las neuronas perciben o calculan, resuena el eco de esta afirmación de Simondon. Y más aún cuando él termina diciendo que cabe extender la noción de relación social para explicar el modo en que se vinculan las moléculas y las células elementales, pues implican “control, modulación y reducción de la actividad” (SIMONDON, 2010, p.172).

El filósofo alemán Peter Sloterdijk considera que todas estas actividades supuestamente “humanas” realizadas por elementos de la vida, así como la extensión de lo social a lo vivo, muestran que “el principio de información ha sido transferido a la naturaleza”. Por esto, y por otras intervenciones respecto del fin del humanismo, Sloterdijk es considerado un pensador poshumanista. Así ocurre que Simondon, pensador humanista pero de un humanismo a la altura de cada tiempo, resulta prolongado y reinterpretado por el llamado “poshumanismo”.

Simondon anticipa tensiones y dispersiones que sólo se hacen evidentes en nuestros días, y por efecto del resquebrajamiento de la concepción de la información como cosa y de la comunicación como transmisión de información. Hoy se dice cada vez con más fuerza que la información es una propiedad emergente de los organismos y máquinas que se estudian, y no una cosa. Los genes ya no están constituidos exclusivamente por moléculas de ADN, sino también por las proteínas, cuya actividad se describe precisamente en términos de metaestabilidad y transducción; las células y moléculas inmunitarias reconstituyen incesantemente el interior y el exterior del cuerpo, en lugar de formar una imagen fija de su identidad; las neuronas ya no son la explicación material de la psiquis, pues hechos únicamente simbólicos (un recuerdo, por ejemplo) pueden modificar su configuración. Y si se quiere extender estas dispersiones a otras orillas, no costará admitir que la “sociedad de la información”, sobre la que se habla por lo menos desde los años '70, dista de ser una realidad, pues la información misma se encuentra en estado de tensión permanente con las normas, los valores y los códigos que la quieren someter a un régimen de modulación. Esto es lo que nos muestra, al menos, lo que está ocurriendo a propósito de las leyes antipiratería y de protección de la propiedad intelectual.

## Las dos notas

Hasta aquí, he realizado algunas asociaciones a partir de la conferencia de Simondon. Pero resulta que el texto se completa con dos notas que merecen una atención especial. En la primera, Simondon pone en juego lo dicho acerca de las amplificaciones transductiva, moduladora y organizadora en la estructura de los conflictos sociales. Según Simondon, una parte de los conflictos se explica por la imposición de formas autoritarias de modulación sobre un terreno social que no logra realizar los cambios que de hecho desencadena, lo que termina generando “una estructuración transductiva intensa, que emplea más profundamente las reservas de energía y que alcanzan un resultado más estable” (SIMONDON,

2010, p.174-175). Quienes vencen en los conflictos suelen encontrar un vasto campo para estructurar. Pero como no suelen tener en cuenta la energía potencial ni los gérmenes de cambio, recurren a la modulación, imponiendo estructuras de su propio derecho o sus propias instituciones a realidades ajenas a ellos. El ejemplo que presenta Simondon es plenamente actual, siendo la conferencia de 1962, pues se refiere a la independencia de los pueblos colonizados de África, que exhiben el pasaje de la modulación autoritaria a la transducción social.

Lo que hace Simondon es explotar la analogía entre lo físico y lo social en las referencias a la energía, pero también en el concepto de polarización que para la propia física es fundamental. De hecho, cabría pensar a la individuación física como la estructuración de diversos campos de conflicto, resueltos según la modulación o la transducción; es probable, sin embargo, que la organización ya requiera el paso a la individuación viviente. Ahora bien, estas analogías se constituyen de modo muy diferente a las homologías que buscaban las ciencias sociales respecto de las naturales en el siglo XIX, por ejemplo, en las metáforas funcionalistas y organicistas. No se trata de aplicar un conjunto teórico de una realidad a otra, sino de ver cómo tal conjunto forma parte de las dos realidades sin aplastar a ninguna. En este tipo de operaciones intelectuales, y en el desprejuicio para pasar de lo físico a lo psíquico y de lo tecnológico a lo social, reconocemos parte de la originalidad de la filosofía de Simondon en el siglo XX. Si apenas tres años antes, en una célebre conferencia, el inglés Charles Percy Snow había lamentado la división de la intelectualidad occidental en dos culturas, la humanística y la científica, Simondon es su refutación casi instantánea.

En la segunda nota de la conferencia, Simondon sostiene que la Antigüedad grecorromana fue la era de la modulación por una escasez notoria de informaciones incidentes. Por eso elaboró filosofías de la sabiduría y de las representaciones del mundo: se trató de una era metafísica. Después del Renacimiento, las ciencias exactas se dirigieron hacia "la búsqueda de una metodología técnica y humana de acción eficaz" (SIMONDON, 2010, p.175), que deriva

en vastas operaciones transductivas, con la estructuración de nuevos campos de acción. Pero si se recuerdan los postulados de *El modo de existencia de los objetos técnicos*, allí Simondon (2007) plantea que la era moderna falló en cuanto a la búsqueda de esta acción eficaz, porque se limitó a copiar el modelo de la máquina y lo aplicó al hombre, sin conservar la singularidad de cada uno y generando modos sociales de alienación. Entonces, el pensamiento del siglo XIX fue “una filosofía de la energía potencial” (SIMONDON, 2010, p. 176). Y agrega Simondon: “es la última etapa de una evolución dialéctica”. Con la noción de organización, que no cuesta identificar con la etapa de la cibernética y la teoría de los sistemas, comienza una nueva etapa en la que vuelve, como en la Antigüedad, “una búsqueda primordial de saber y de información” (SIMONDON, 2010, p. 176). Como se recordará, la organización era la “síntesis real” de la modulación y la transducción. Síntesis real, evolución dialéctica: sin dudas, con estos dos términos, Simondon se refiere, pero también desafía a, la versión de la dialéctica de la que disponía el pensamiento francés de aquellos años. Sabemos que en *La individuación*, Simondon pondera el papel de la dialéctica como teoría del cambio pero al mismo tiempo señala su límite, que son los de la separación entre ser y devenir. Dicha separación no existía, por caso, en varios momentos de la filosofía antigua, y quizás por ello concluya su conferencia hablando de la nueva búsqueda de saber en la que estamos inmersos.

## Conclusiones

¿Qué podemos sacar en claro de este conjunto de relaciones que hemos establecido? Por lo pronto, que existe una estrategia intelectual en Simondon que revela la importancia y la novedad de su forma de pensar. Podemos imaginar a Simondon en 1960, en la Sociedad Francesa de Filosofía, hablando de forma, información y potenciales de energía frente a Jean Hyppolite, Paul Ricoeur, Jean Wahl o Gabriel Marcel. Podemos verlo defendiendo una tesis de doctorado en filosofía, que se toma casi la mitad de su contenido en explicar filosóficamente a la mecánica cuántica y a

la electrónica; y una tesis secundaria consagrada a los sistemas y objetos técnicos donde, por ejemplo, se explica con lujo de detalle las formas de enfriamiento de un motor. Pero ahora imaginemos a Simondon, poco tiempo después, en medio de un coloquio sobre la información, diciendo que la información no es una cosa sino un proceso, y a partir de allí realizando toda una clasificación de formas sociales, científicas y técnicas de cambio y de conflicto, hablando de la Antigüedad y de la descolonización de África.

Definitivamente, como decía Foucault respecto de sí mismo, Simondon se ubica allí donde no lo pueden encontrar. Quizás por eso la revalorización de su obra, en la actualidad, tenga que remontar el relativo silencio que se hizo sobre ella durante tantos años. Este carácter huidizo de Simondon lo dejó fuera de la moda estructuralista, a la cual mil caminos intelectuales podrían haberlo llevado. Y de hecho, en su proyecto de derribar fronteras entre los saberes, la empresa de Simondon no fue extraña a la de Foucault cuando éste hablaba de la episteme moderna. Pero Foucault no pudo ver lo que sí pudo ver Simondon, que es nada más ni nada menos que el estatuto de los saberes futuros y sus problemas. Allí donde Foucault constataba un fin, el del hombre, Simondon captaba otra cosa: el comienzo de un nuevo tipo de humanismo, desligado de la figura moderna de hombre, que debería tener en cuenta la cuestión de la organización, pero que nació ya amenazado por las estrecheces de las nociones imperantes de información y de comunicación.

Este cruce entre Foucault y Simondon nos lo confirma Gilles Deleuze, en el anexo de su libro sobre Foucault, cuando sostiene que la información está en la base de la liberación de la figura del hombre, y con ella una suerte de nueva positividad que se monta sobre el desfallecimiento de la episteme moderna. También nos lo confirma Deleuze cuando habla de las “sociedades de control”, donde los dispositivos de normalización son esencialmente moduladores, como relevo de las sociedades disciplinarias de Foucault. Y también nos lo confirma Peter Sloterdijk y todos aquellos que plantean al poshumanismo como una vuelta de página frente al humanismo moderno, en la medida en que la

información estaría en la base de la desactivación de las diferencias entre naturaleza y cultura. Sin embargo, quiso la historia que el poshumanismo, en su versión más europea, estuviera calcado del antihumanismo estructuralista y arrastrara aquellas querellas hasta la actualidad. Simondon, en cambio, saltó por encima de las modas de su época y se ubicó de lleno en la nuestra. Pero lo hizo hace 50 años.

Por eso, nos corresponde a nosotros heredar esta visión de Simondon y crear a partir y gracias a ella.

Para concluir, quisiera destacar el tipo de acercamiento que Simondon propuso a la realidad a la que pretendía referirse. No parece haber sido alguien que quisiera tener razón, decir la verdad de las cosas y refutar lo que dicen los demás, que es el modo predominante de habitar el mundo intelectual. Tampoco pensaba que, como otro modo predominante, en este caso del mundo académico, estudiar, pensar o actuar tuviera que ver con elegir una pequeña región del universo y “hacerse especialista”. Simondon buscaba estar a la altura de lo que creía haber descubierto, que es la individuación como proceso, de la cual la noción de información es apenas otro nombre. Y para estarlo, requería, tal como Foucault planteaba acerca de la psicagogía, poder incorporar el devenir al ser y al pensar. Como dice en el final de su introducción a *La individuación*:

la axiomatización del conocimiento del ser preindividual no puede estar contenida en una lógica previa, pues ninguna norma, ningún sistema apartado de su contenido pueden estar definidos: únicamente la individuación del pensamiento puede, consumándose, acompañar la individuación de los seres distintos que el pensamiento; no es pues ni un conocimiento inmediato ni un conocimiento mediato el que nosotros podemos tener de la individuación, sino un conocimiento que es una operación paralela a la operación que se conoce; nosotros no podemos, en el sentido habitual del término, *conocer la individuación*; podemos solamente individuar, individuarlos, e

individuarnos en nosotros; esta captación es por tanto, al margen del conocimiento propiamente dicho, una analogía entre dos operaciones, que es un cierto modo de comunicación (SIMONDON, 2009, pp. 43-44).

Heredar a Simondon, crear a partir y gracias a él, nos exige poder habitar en estas palabras. Muchas gracias.

### **Referências**

SIMONDON, Gilbert. **El modo de existencia de los objetos técnicos**. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007. 280 p. Traducción: Maragarita Martínez y Pablo Rodríguez.

SIMONDON, Gilbert. **La individuación**: a la luz de las nociones de forma y de información. Buenos Aires: Cactus La Cebra, 2009. 502 p. Traducción: Pablo Ires.

SIMONDON, Gilbert. **Communication et Information**: cours et conférences. Chatou: Les Éditions de La Transparence, 2010. 412 p.